

LAS NIÑAS PERDIDAS

Cristina Fallarás



Las niñas perdidas

Cristina Fallarás

Rocaeditorial

Novela ganadora del Premio Internacional de novela negra L'H Confidencial en su quinta edición. Premio coorganizado por el Ayuntamiento de L'Hospitalet.

Copyright © 2011, Cristina Fallaràs

Primera edición: marzo de 2011

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-264-3
Depósito legal: M. 8821-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*P*ienso Esto no es un encargo normal, es una venganza. Respira hondo, se pasa la mano por el pelo brillante, puro cuervo, y llama con los nudillos. Una venganza. Entra.

Pero tú quién coño eres, piensa y no dice. Genaro no puede creer esa habitación. Un matón no puede creer que la habitación de un empresario del mal sea tan parecida a la imagen de la habitación de un empresario del mal que tiene en la cabeza. La ha visto en una película de narcotraficantes norteamericanos de los años setenta, y en una teleserie de domingo por la tarde con rubia en bañera, y en sus delirios más crecidos de cocaína y esmoquin blanco. Esto mola tío, esto mola demasiado para que tu culo lo disfrute, piensa también.

Lo tiene todo: columnas con bustos de falsos emperadores, mujeres de mármol descansando sobre sus tetas mutiladas, chimenea con capacidad para el descenso de tres viciosas disfrazadas de Papá Noel, grandes espejos de marco dorado, barra de bar acolchada en crema con sus correspondientes taburetes, moqueta blanca de pelo largo y el resto de tópicos que un pobre encumbrado a empujones criminales puede haber soñado en su vida.

Al fondo, sentado más allá de un macizo escritorio impropio, él. Un solo sillón enorme de piel, la misma piel crema de la barra, encara el gran ventanal que hace las veces de fachada. Genaro lo mira y piensa La única tarea de tu sillón es sentirte

el putito amo, colega, que yo a los que son como tú me los sé de memoria, jodido calvo yonqui, que no se me escapa una, joder con el tío, toda Barcelona a tus pies, cabrón, a tus pies de hijo del demonio peor, para comerte a las niñas que se salen del cuento, eres la bruja, la puta bruja mala que acecha los muslitos.

El sillón. Vigilar la ciudad como quien vigila la estricta propiedad de un viñedo.

—Le traigo lo suyo —dice Genaro, y su voz es la de otro.

Por la izquierda de la cristalera, allá lejos, aparece un velero no mayor que la uña del meñique de una niña de dos años. Entre ellos dos y el mar, toda la ciudad con sus cinco torres enanas dándose importancia.

El calvo le observa desde el sillón con una crueldad sin avidez. Resulta extraño que su cabeza, completamente pelada, no brille. Las fotos no suelen captar la mirada, las fotos no tienen fondo. Genaro se ha quedado clavado, sin capacidad para enunciar que le sobrevuela un cortejo de ángeles dolorosos tallados en obsidiana. Lleva un par de semanas frente a las tres fotos del calvo que le ha hecho llegar su clienta. Ninguna muestra la ferocidad que lo tiene adosado a la puerta de acero mate.

8

El calvo se toma su tiempo.

Por un momento Genaro cree que el tipo sabe a qué ha venido, que esa mirada le ha traspasado el cráneo —que puede— para colarse entre los pliegues de su cerebro, descifrar sus intenciones y, más allá, descifrar su pasado, su ser íntimo, sus debilidades mayores. Pero él no es capaz... Casi nota cómo sus pensamientos escapan por la brecha abierta y se dibujan en el aire, en una escritura imparable que traza propósitos sobre él y resulta evidente a los ojos del otro. Casi. En cambio, piensa Qué coño de tío eres, maricón de mierda, qué coño me pasa, joder, qué coño... Si un calvo seboso es tan rico que ha aprendido a cubrirse con dinero tejido sobre dinero, te olvidas de que es gordo, crees que tiene pelo y te parece ágil. Eso exactamente le sucede a Genaro cuando el tipo se levanta sin dificultad y se inclina tras el gran escritorio que da la espalda a la postal de la ciudad.

El velero se mueve lento. Es un insecto sin estela cruzando nada.

—Ven chico, acércate.

Una señal con la mano grande.

Zarpa de carnicero. Eso piensa Genaro y se pone en marcha. Le intimida todo, el personaje, el entorno, y sobre todo la ausencia de escolta o guardaespaldas —la seguridad que acompaña al tipo— y la facilidad con la que ha llegado hasta él. Un ascensor particular desde la calle que da a una sola puerta, la suya, de acero, sin timbre ni mirilla.

Yonqui obeso puto calvo podrido. Eso se dice, yonqui asesino de niños, violador, mala madre te parió, tragarás todo tu oro y morirás vomitando monedas, ogro feroz de los cuentos más bestias, piensa, ogro que devora los muslitos de las niñas que ya han engordado. Pero no acumula rabia suficiente. Genaro sabe lo que necesita y se resiste. Más rabia, rabia hasta la ceguera. Tiene que echar mano de las imágenes del vómito, están en su cabeza, han pasado intactas, toma a toma, en orden perfecto, desde la grabación hasta su cerebro; su pobre cabeza que creía podrida y ha resultado virginal ante el espanto absoluto. Nota cómo las palmas de las manos se le humedecen y pone en marcha el vídeo que guarda registrado en el alma, su pobre alma que daba por seca y a la que al final ha oído aullar sin consuelo.

—*L*o quiero muerto —dijo ella, la cara borrosa bajo una nube eléctrica de pelo naranja pajizo—. Me han dicho que usted mata.

10 En aquel momento, Genaro dudó si dar la vuelta en redondo o partirle la cara. El error fue dudar. Se quedó y escuchó.

—Traigo esto para usted. Es una grabación. Da igual cómo la he conseguido. También traigo las fotos del tipo que la encargó y todos los datos que a usted le puedan hacer falta. Sé cuáles son sus tarifas y no me importa pagar el doble. Cuando usted haya visto la cinta, comprenderá por qué quiero que lo mate. Yo nunca lo mataría, no por falta de coraje, sino porque no sé hacerlo y temo que algo pueda fallar y sobreviva. Considero que, aunque este sea su trabajo, no le vendrán mal algunas razones más allá del dinero. Están en el vídeo. La que sale era mi hija, la mayor. La otra, la otra... Bueno, le dejo un número de móvil, solo existe para usted. Llámeme cuanto necesite. No dude. Y no falle.

Se fue con la misma sequedad con que se había presentado y a Genaro le quedó la sensación de que ella ya estaba muerta. Muerta y seca. Como esos cadáveres a los que les sigue creciendo el pelo. Una muerta pelirroja, pensó, muy apropiado, a los muertos el pelo no les puede salir negro, claro, el pelo seco de las muertas ha de ser pelirrojo pajizo, y casi se divirtió un rato con esas cosas.

No sabía quién se podía haber ido de la lengua, él trabajaba solo para algunos clientes fijos; poco y bien, le iba la vida en ello. Mientras tanto, jugaba a ser un delincuente menor traficando con cristal y otras excentricidades tóxicas. Ella se equivocaba: para matar no le hacían falta razones más allá de la pasta. Pero sí órdenes. Por eso puso el vídeo al llegar a casa. Aquella mujer llegó con un encargo, y para matar hacen falta órdenes. Las encontró frente a la pantalla.

Luego, cuando descubrió que el calvo le daba al opio, se le abrió el cielo; no había muchos camellos que movieran opio en la ciudad y él sabía dónde acudir. Todo pasaba por un mismo sitio: un ático de extrarradio donde reinaba el emperador de los imposibles, el pídemme y tendrás, un ático al que sus ocupaciones le llevaban a menudo. El opio del calvo pasaba por ese ático, y él era el hombre adecuado para el transporte. El resto, hasta el momento de enfrentarlo, fue fácil. Muy fácil. El acceso más fácil de su carrera.

Genaro ve cómo, sentado tras la gran mesa, el calvo revuelve en uno de los cajones de su derecha. ¿Para qué esperar? Lo tiene todo planeado. El pequeño hilo de sangre cayendo del oído de la niña, punzón, cuchilla, aguja, recorriendo el cuello para ir a alojarse, alambre, espino, barra, bajo la axila infantil. Saca del bolsillo la pequeña cerbatana y de un disparo sin saliva le clava el dardo en el pecho. Tres, dos, uno, ¡sueño!

El velero desaparece por la derecha. El mar añil dibuja una línea infantil para separarse de un cielo casi blanco. Sin dejar de mirarlo, se prepara otro gramo de cocaína sobre la misma mesa. Esto no es un encargo normal, se repite, es una venganza.

El calvo sale de entre las brumas del veneno parpadeando e inmediatamente sonrío sobre las babas que le barnizan la papada con un brillo agrio.

—¿Y qué vas a hacerme que no me guste?

Está desnudo y atado al mismo sillón de piel crema claveteado en el que ha recibido su ración de sueño. Tiene frente a él, sobre la mesa, una pequeña cámara de vídeo en forma de teléfono móvil, algo parecido a un punzón pero en grueso, varias

cuchillas de afeitar, dos agujas de hacer ganchillo, una gran barra de hierro oxidado con restos de lo que fue una capa de pintura blanca y una pequeña madeja de alambre fino con lo que queda después de haberle atado las manos, los pies y el cuello a la butaca, y de haberle estrangulado el pene y los testículos en una madeja morada.

¿Cómo matarlo? ¿Cómo matarlo, *solamente*? Si ella, la madre, está seca, Genaro todavía tiene sangre en las venas. Y un vídeo grabado imagen a imagen en la cabeza.

—Lo mismo que usted hizo o encargó que hicieran con la niña del vídeo. Eso es exactamente lo que voy a hacerle. Ni más ni menos. —Genaro tiembla. Ya tiembla.

Por los ojos del gordo calvo pasa un brillo que se instala. Levanta la cabeza en la medida de lo posible, el fino alambre le rasga la piel del cuello y la raya de sangre marca en grueso una arruga. Empieza a congestionarse con toda su altivez, sin perder ni un soplo de seguridad en sí mismo.

12 —Amigo, si sé a cuál se refiere, y creo que lo sé, eran dos niñas, no una, y estaban regaladas. Ah, nos las dieron, y es de muy mala educación no hacerle a un regalo el aprecio que merece. En realidad se las dieron a ellos, pero yo supe, lo supe y por eso, por saberlo, fui partícipe. Sí, participé en aquello, no hay razones. Parece que sigo teniendo suerte. No porque la hermana tuviera peor final, que lo tuvo, y mucho más largo, sino porque yo le estaba esperando y usted ha venido. No saldré de esta. —El intento de risa queda en borbotón—. Le esperaba, a usted o a quien fuera, y ha tardado, pero aquí está. Yo voy a morir, merezco morir, deseo morir. Usted no tiene capacidad para entender cuánto lo deseo y yo no tengo tiempo para explicárselo, es demasiado largo. Le espero en la paz del infierno, y le aseguro que cuando por fin le llegue el momento, después de lo que guarda en su cabeza, de ver lo que ha visto, respirará tranquilo y el abismo le parecerá el mayor remanso de paz imaginable.

La calle Joaquín Costa del Raval barcelonés es territorio de filipinos, paquistaníes, algún marroquí y una horda de piojosos pendulantes. Dos o tres coctelerías desubicadas arrastran al anochecer a algún moderno y un puñado de aspirantes a intelectual tatuado, sin que cambie un ápice el sucio corredor. En los pequeños balcones uno puede observar, si se fija, a alguna niña en bragas a la espera de que su madre consiga del cliente una eyaculación rápida. Si en la ciudad hubiera asesinatos, podrían fácilmente ocurrir en esa calle y sus alrededores. Pero no hay asesinatos, y en las aceras se amontonan basuras, borrachos, lateros, jóvenes traficantes de metanfetamina oriental, grasa de *durum*, algún tomate reventado en descomposición y estudiantes universitarios.

13

La calle del León corre paralela, más oscura, menos evidente y algo más limpia. La calle del León está unida a Joaquín Costa, entre otras, por la calle de la Paloma y la calle del Tigre, un zoológico por el que la detective Victoria González sentía entonces la misma fascinación que cuando, diez años atrás, decidió montar en aquel lugar una oficina de investigación para inventarse un personaje que le atemperara las adicciones.

Fue un día lejano, con ánimo de noche larga, cuando pasó por la esquina de la calle de la Paloma con la del León y vio cómo un tipo corpulento y torpe sudaba intentando sacar el cadáver astroso de un sofá por una puerta de madera maciza. No

eran muchas las puertas de madera que quedaban en el barrio, sustituidas todas por la desdichada carpintería de aluminio que había dado a la zona el aspecto de tristeza cutre que conserva. Aquella era bonita, gruesa, alta, de doble hoja, sorprendentemente estrecha para su envergadura. Parecía la puerta deformada de un cuento siniestro, con su herrumbroso cerrojo anaranjado de orín. Mientras pensaba en todo esto, Victoria González vio cómo el tipo conseguía por fin sacar a empentones el andrajoso armazón, lo dejaba en el lado opuesto de la calle, junto a la puerta de un bar que ya acumulaba un colchón con mancha, dos sillas desventradas y un vagabundo, y volvía para pegar en la puerta un folio donde se leía: Se alquila, razón aquí. Luego volvió a entrar y cerró la puerta.

Victoria González, que entonces ni siquiera sabía que sería detective, entró en aquel bar de enfrente, pegó el codo a la grasa del aluminio que hacía de barra, pidió una cerveza y pasó cerca de una hora observando la hermosa puerta y el cartel escrito a mano. El local que sería suyo ocupaba la esquina de la calle del León con la de la Paloma. El portón, incrustado en una vieja delantera de piedra desconchada, daba a la del León. De costadillo se podía ver que debía de tener un escaparate o cristalera a la calle de la Paloma, entonces oculto por una persiana de metal oxidada que parecía no haberse levantado en décadas.

Las cosas suceden sin razones. Las razones las pergeñamos después, para explicárnoslo. Las cosas suceden por el impulso que llevan, por inercia, vienen de lejos, así que Victoria González pagó sus tres cervezas, salió del bar, cruzó la calle y llamó a aquel portón que ya era el suyo. El mismo tipo gordo que había sacado el mueble, quién si no, abrió, la invitó a pasar con gesto y gruñido y regresó al lugar en el que evidentemente había estado sentado todo aquel tiempo, el suelo. El local, de unos cincuenta metros cuadrados, estaba prácticamente a oscuras, apenas aclarado por la luz que filtraba la persiana. En la esquina derecha opuesta a la puerta, el hombre seguía sudando sentado sobre el piso ante una baraja en la que quedaba un solitario por resolver. Victoria pensó que era la clase de tipo que se hace trampas a sí mismo.

—¿Qué quiere?

Alargó la mano con cierta dificultad, por la panza, y cogió el cinco de corazones de una de las cuatro filas de naipes.

—¿Cuánto vale el alquiler?

El hombre se quedó pensativo con la vista fija en su solitario y al cabo de un par de minutos volvió a dejar la carta en el mismo lugar del que la había cogido.

—¿Es para usted?

—Sí.

—¿Para qué lo quiere?

Victoria González, que hasta el momento había permanecido pegada a la puerta, dio un par de pasos hacia el interior y entonces vio el altillo. Lo que le había parecido un techo bajo, muy bajo, a apenas un par de metros del suelo, era en realidad un falso piso de madera que ocupaba tres cuartas partes del espacio. Una escalera estrecha también de madera, al fondo, permitía el ascenso.

—Para vivir.

El tipo levantó la vista y se quedó mirándola como un orangután observaría por primera vez a un chino en cueros. Hasta entonces ni se había tomado la molestia de echarle una ojeada.

—Aquí no se puede vivir —dijo al fin, y levantó la testuz mirando al falso techo.

—Yo sí puedo.

Él ladeó la cabeza, se incorporó resoplando y con el pie fue empujando las cartas del suelo contra la pared, lentamente, como si estuviera pensándose una respuesta lo suficientemente incontestable.

—Solo tiene un retrete, sin ducha ni lavabo, y no hay cocina.

Al tenerlo delante, Victoria se dio cuenta de que era más grande de lo que había visto al principio, o sería el efecto del techo bajo. El hombre la miraba con una curiosidad desafiante y gruñía al respirar, como si la grasa acumulada sobre el pecho y el estómago le estuvieran ahogando poco a poco y además fuera a terminar con todo el oxígeno del cubículo.

—Yo no he cocinado en mi puta vida. —Y había igualmente desafío en la elección del tono y sus palabras, incluso algo de sofoco. Victoria se dio cuenta. Pensó que ella también se estaba ahogando y que quizá no merecía la pena aquel mo-

mento. Sintió la agresividad del propietario del local, una irritación sin causas. Le pareció que el hombre en realidad no quería alquilarlo. Quizá tenía planeado usarlo como refugio para pasar sus asquerosas tardes sentado en aquel suelo haciendo solitarios, lejos de una mujer cargante y sucia. Quizás era un camello, uno de tantos del barrio. Quizá solo era un mierda—. ¿Me lo piensa alquilar o no?

El tipo se acercó hasta quedar a un par de palmos de la chica y la miró a los ojos con gesto de primate. A ella le pareció que había sufrido alguna deficiencia alimentaria en la infancia. Tuvo la sensación de que en cualquier momento se acercaría a olfatearla, casi se preparó para ello, y supo que si mantenía el tipo y aguantaba la nube de sudor que expelía, ganaría el pulso. Diez segundos, treinta, un minuto...

—Son cincuenta mil pesetas al mes y un depósito, ahora, de cinco meses —recitó el tipo de corrido, perdiendo todo el interés que pudiera haber tenido en el asunto—. No quiero putas, ni drogas, ni animales. Si algo se rompe es cosa suya. No quiero cocina ni fuego de ninguna clase. No quiero policía aquí. Ni putas, repito, ¿me ha oído?, ni putas. Si lo suyo son las putas, más vale que se vaya por donde ha venido. —Victoria ni se movió ni cambió el desafío, y el hombre se encogió de hombros—. No quiero contratos ni notarios, yo le daré un papel que usted firmará. Cada mes pasaré a ver que todo está en orden.

Desde entonces, la detective Victoria González había pagado religiosamente el alquiler y respetado aquellas normas. El arrendatario, y de aquello hacía una década, nunca pasó a revisar su propiedad, al menos la detective nunca lo vio. Ella, por su parte, jamás vivió allí. Al poco de alquilarlo, limpiarlo y colocar en el altillo un colchón doble, decidió ser detective. Y aquel había resultado un despacho inmejorable, con cama en el altillo para las noches largas y las desolaciones sin domicilio.

Uñas y dientes. A la niña encontrada le habían arrancado las veinte uñas y todos los dientes y muelas, en total diecinueve piezas. Limpiamente, como en un trámite. No le habían roto los dedos, no había rastro de quemaduras en manos ni pies, no habían fracturado tobillos ni muñecas. En fin, no se habían cebado en las extracciones. La detective Victoria González se echó la mano a la tripa y pensó que una nunca sabe lo que puede llegar a imaginar, hasta dónde alcanza su capacidad de deducción ni la velocidad de rayo con la que aparece.

17

Un jovencísimo agente de los Mossos d'Esquadra permanecía refugiado en el rincón opuesto a la puerta del estrecho habitáculo, como si pudiera guarecerse. ¿De qué?, pensó Victoria, ¿cómo preservar la mente del horror que la propia imaginación desencadena? Porque allí ya no había nada. El chico movía la cabeza muy ligeramente a izquierda y derecha, al ritmo que le llegaba a través del minúsculo receptor que conectaba el iPod con su oreja derecha. Solo entraba en la zona iluminada, si es que ese ligero resplandor ensuciado en marrón se podía considerar luz, cuando de tanto en tanto dejaba escapar un golpe de flequillo hacia delante. Entonces ella se daba cuenta de hasta qué punto le afectaba la violencia todavía.

A sus pies, la ausencia del cuerpo que se habían llevado antes de que llegara. La detective echó cálculos, segura de los datos que manejaba, y llegó a la conclusión de que el cuerpecillo

había permanecido encadenado en aquella especie de trastero sin ventilación nueve días. Joder, se dijo, más de doscientas horas.

—El asunto de las uñas y los dientes... No me lo quito de la cabeza. —La voz del agente salió sin estrenar—. Pertenece a alguna película de horror, una secuela de *Seven*, de *Saw*, de mierda.

Hablaba sin retirarse el aparato de la oreja pero hablaba, lo que era un pasmoso avance, ya que el chico, con el que Victoria se había cruzado alguna vez, no solía abrir la boca ni para amargar saludo. Incluso en la oscuridad, la detective podía apreciar el brillo que el sudor dejaba en su carita cerúlea, verdosa de descomposición. Se le veía aún más joven cuando sufría, y muy desamparado, un escolar que han olvidado en el gimnasio del colegio después de cerrar la puerta hasta mañana. Al agente, Victoria no le gustaba. A ella, él le importaba un rábano, pero en momentos como ese le daban ganas de abrazarlo y acunarlo en su regazo, ya pasó, mi niño, ya pasó, no es nada, solo otro desequilibrio de esta locura, solo más violencia, más de lo mismo, no mires, yo te protejo. Ya le había sucedido en alguna ocasión anterior. Ante los restos de una prostituta a la que le habían practicado un aborto violento e indeseado —o, dado el avanzado estado del embarazo, se podría decir que una cesárea por la fuerza y en vivo—, el chico estuvo al borde del desmayo y ella casi lo abrazó. Fueron unos instantes en los que estuvieron a punto de romper el hielo desdeñoso que se regalaban las escasas veces que les tocaba coincidir, pero todo quedó en casi y en nada.

En esta ocasión a ella le molestó algo más el sentimiento, porque no pudo dejar de atribuirlo a su estado.

—¿Por qué las uñas y los dientes? ¿Para qué? No es necesario, no era... sexualmente... necesario... —pensó el agente en voz alta.

—Las uñas y los dientes, Gómez, eran sus únicas armas.

La detective, para su propia sorpresa, le contestó sin titubeos. Y pensó para sí que claro, que sin uñas y dientes podían hacer con aquel pequeño cuerpo lo que les diera la gana y salir luego a la calle sin una marca ni media. Enunció lo que pensaba, que la oposición infantil, privada de uñas y dientes, re-

sulta un pequeño estímulo de suave violencia, y tras hacerlo sintió un acceso de náuseas, que quiso atribuir también a su estado pero no pudo. El asco lo sentía hacia sí misma. ¿Cómo podía llegar a unas conclusiones tan atroces? ¿De dónde salía el material de su conocimiento?

Por supuesto, no le dio ninguna de esas explicaciones al joven. Consideró que no era su función adiestrar al cachorro de policía, sino agradecerle la cortesía y la paciencia que quisiera prestarle. Y la suya, la función del joven, obedecer las órdenes del comisario y no preguntar por qué a ella, una persona ajena al cuerpo policial, detective, mujer para más inri, se le cedía el paso al mismísimo centro del escenario del crimen. El agente se llevaba la mano a la oreja y acariciaba el pequeño aparato con el índice. Estuvo tentada de decirle que cuando ella empezaba los primeros tratos con sus superiores él hacía la primera comunión, si es que esas cosas se seguían haciendo, pero se distrajo pensando de nuevo en la inesperada deducción sobre las extracciones y cómo su cabeza la había parido sin esfuerzo: sin uñas ni dientes no hay señales. Estaba allí, la muy jodida. Movió instintivamente la mano sobre la tripa y acarició aquel proyecto de ser aún a salvo, por tan poco. Tranquila, pequeña, ya está, ya pasó. Esta vez sí podía decirlo, en tres meses podría además acunarla y protegerla en la medida de lo posible.

19

Protegerla ¿de qué? se dijo, qué curioso, uno nunca sabe lo que puede llegar a imaginar, mejor no saberlo, y decidió regresar al despacho inmediatamente en previsión de algún otro golpe de lucidez espanto.

INSTRUCCIONES PARA MATAR A UN PEZ

20 *E*s imprescindible, para matar a un pez, tener una pecera. Si no se dispone de un recipiente dispuesto a tal efecto, más vale abandonar la empresa o hacerse con él y darse tiempo. Teniendo una pecera, o sea, habiéndole cogido confianza, para matar a un pez se requiere una cierta familiaridad con el llamémosle animal, aunque tal apelativo a un pez le quede grande. Nadie considera a un pez animal. Todo lo más, ser vivo.

Se requiere una observación del ser, si no amistosa, al menos familiar. Una vez establecida, procédase a extraerlo mediante red, malla o rastrillo adecuado.

Aforado el ser vivo, deposíteselo sobre una superficie lo suficientemente amplia como para que los estertores asociados a la muerte del pez ocurran sin peligro de sobrepasarla y caer a tierra, con el correspondiente riesgo de perderlo de vista.

Colocado el pez extraído del agua sobre esa superficie, procédase a observar sus convulsiones, que primero serán violentas y paulatinamente perderán fuerza hasta su completa extenuación y muerte.

Láncese el ser muerto al cubo de la basura y consúmase un martini americano sin oliva.

—¿Sabes lo que más duele? —preguntó la detective mientras abría la puerta—. Lo que más duele es la mirada. Me miró con desprecio, no lo entendió, nula capacidad para la ironía, el sarcasmo; se necesita distancia, joder, distancia. Al chico solo le importan los hechos, la realidad tal cual, ¿sabes? Solo le importa lo que sucede, estrictamente. E intenta ser bueno. Quiere que el mundo sea bueno, o al menos que sea mejor. Creo que así son ahora los chicos, como el puñetero agentito. Y encima es transparente. Para él soy una bestia, una resentida, seguramente vieja y triste.

21

Dejó la puerta abierta para que el exterior moviera un poco el aire sofocante de dentro. En el despacho, su ayudante la recibió divertido. Más listo que el hambre, Jesús. Se conocían desde siempre, desde los tiempos de la universidad, cuando ella todavía creía que sería reportera internacional y él algo así como un periodista deportivo lo suficientemente corrupto como para vivir sin dar golpe. La idea que Jesús tenía de la vida pasaba por no dar golpe, ya desde el principio. Después, se fueron cruzando en cuarteles cada vez más turbios y en tugurios sin luz de día, hasta que a él se lo llevaron por delante por un trapiqueo de poca monta pero continuado y a ella se le acabó la vida de prensa en tribunales e investigaciones a base de jugársela a la última copa. Bah, solía decirse Victoria como una forma de torear el fracaso, en el fondo ninguno de los dos estábamos he-